

y entendia en continuas obras de misericordia, sustentando muchos pobres públicos y secretos), votaron que no se le diese el hábito, á lo menos por entonces, hasta que viniese prelado de aquella Iglesia, porque era sede vacante. Venido que fué el obispo, perseveró el buen arcediano en su demanda, y finalmente entró fraile menor con mucho ejemplo y edificacion de todos. Y como él era antes gran siervo de Dios, así despues lo fué en la religion, viviendo en toda bondad y santidad hasta la muerte. Cayó enfermo en el convento de México, y estando para espirar, preguntáronle algunos religiosos si habia resignado en manos de su prelado las cosillas que tenia de su uso. Volvió entonces el rostro á ellos, y dijoles: «Yo, bendito sea mi Dios, no tengo que dejar, sino en sus divinas manos esta alma que él crió.» Murió santamente, conforme á la vida que hizo, y enterróse en el convento de S. Francisco de México. Preguntándole una vez cierto religioso amigo suyo, qué le parecia de la monástica vida y de la órden de S. Francisco, respondió: «Vine tarde,» dando á entender que quisiera haber venido antes. Puédese decir de este siervo de Dios: *Consummatus in brevi explevit tempora multa*, porque fué muy perfecto en todo, abstigente, muy penitente, descalzo, y de mucha oracion, muy pobre y de gran caridad, y así trabajó lo posible en la obra de los naturales.

Sap. 4.

De Fr. Gerónimo de Mendoza.

Fr. Gerónimo de Mendoza, de la ilustre sangre de los Mendozas, vino á esta Nueva España mancebo seglar. Y aunque por la nobleza de su linaje, el virey le encomendaba cargos principales, viéndose honrado el noble mancebo, mostraba alguna dureza, ejecutando recta justicia; mas con todo esto no dejaba sus liviandades y travesuras, siendo juntamente recio de condicion, y á esta causa penoso y desabrido, y sobre todo indevoto de religiosos, que solo verlos le era cosa aborrecible. Mas Dios (que es poderoso de corazones acerados y diamantinos hacer hijos de Abraham) le hizo merced de traerlo entre ellos, hecho (como otro Paulo) mansísimo cordero de lobo carnicero, y de vaso de ignominia trasladado en vaso de honra, para que hiciese penitencia de las culpas pasadas y mereciese ser contado en el número de los apostólicos varones. Tomó el hábito de religion en el convento de S. Francisco de México, y despues de profeso oyó sus cursos de artes y teología, y salió predicador. Fué su conversion manifiestamente mudanza de la mano diestra del Altísimo Señor, la cual no está abreviada para poder salvar. Porque cuanto siendo seglar fué notado de malas inclinaciones, tanto y mucho mas floreció, desde que entró en la religion, en

Psal. 76.
Is. 59.

santas y muy religiosas costumbres. Anduvo siempre descalzo y con solo un hábito de grueso sayal. Tuvo ferventísimo celo de la salvacion de las almas, con el cual, pedida licencia á sus prelados, entró muchas leguas la tierra adentro de los indios bárbaros llamados chichimecos, hácia lo de Copala, padeciendo mucha hambre, sed, cansancio, aguaceros, frio y calores, por la diferencia de los temples de esta tierra, y trayendo la vida á mucho riesgo y peligro (por ser aquella gente como alárabes) á trueque de traellos á la fe de Jesucristo. Y con este mismo celo se partió á España en compañía del venerable padre Fr. Francisco de Bustamante, comisario general de estas partes, á pedir favor al rey y á su consejo para la conversion de aquellas gentes, y en aquella demanda murió en la corte del católico rey D. Felipe. Mas no carecerá de premio su santo y celoso deseo en la corte celestial, pues dice Cristo en su Evangelio, que un jarro de agua fria terná su galardón. Está sepultado este siervo de Dios en la villa de Madrid, en el convento de S. Francisco.

Matth. 10.

CAPÍTULO LVII.

En que se contiene la vida del siervo de Dios Fr. García de Salvatierra.

FR. García de Salvatierra fué natural de un pueblo del mismo nombre, que cae en Extremadura. Su padre era hijodalgo, aunque labrador y hombre del campo, y de buena hacienda. Segun parece, no tenia hermano varon, porque muertos sus padres (siendo él todavía mozo) quedó con la casa, y acogia en ella á los frailes de S. Francisco, como lo hicieron sus padres, que eran hermanos de la órden. Dotóle Dios de una sincerísima ánima desde su niñez, con que no tuvo pensamiento de casarse ni aficionarse á las cosas del mundo, mas de vivir llana y simplemente, ocupándose en la labor de aquella hacienda que le habia quedado, hasta la edad de treinta años, poco mas ó menos. En aquel tiempo fué tocado de la mano del Señor y llamado para el estado de perfeccion con santas y particulares inspiraciones que recibia su espíritu, á las cuales él respondió sin dilacion con toda prontitud y brevedad, determinando de dejar el mundo y entrar en alguna religion donde sirviese á Dios y salvase su ánima. Mas conociéndose por ignorante y insuficiente para elegir el estado que para este efecto le convenia, acordó dos cosas: la una, hacer una romería para pedir á Nuestro Señor lo

De Fr. Garcia de Salvatierra.

alumbrase en el camino que habia de tomar para mas le agradar, y la segunda, aconsejarse con personas de ciencia y experiencia que se lo enseñasen. Y para lo primero, se ofreció una de las solemnidades en que en la ciudad de Jaen se muestra la santa Verónica, y esta escogió el mozo García para su romería, y la cumplió con algunos trabajos que pasó en el camino. Y para lo segundo, viendo á un letrado que le pareció buen hombre, dióle dos reales porque le diese parecer, y dijese en qué orden podria ser religioso y salvar su ánima. El letrado le respondió que le parecia lo mas acertado ser fraile en la órden de S. Gerónimo, que es abastada de lo necesario, donde sin la inquietud de buscarlo, tendria seguro el vestir y comer, y no en órden mendicante, como la de los frailes menores, donde todo era penuria y miseria, y donde habia de andar distraido, buscando lo necesario para sí y para los otros frailes. De esta respuesta no quedó satisfecho García, y pasando su camino adelante, aposentóse en un meson para dormir una noche, donde llegó juntamente un pobre, que le dijo: «Hermano, si ovieres de ser religioso, entra en la órden de S. Francisco y serás pobre perfecto, y no te faltará cosa alguna, porque donde quiera que llegares hallarás lo necesario á la vida humana, y sin cuidado de caballos irás donde te enviaren, y escoge el estado de lego, que es el mas seguro.» Esto le cuadró mucho al buen García, y sin mas detenerse dejó la hacienda en poder de una hermana que tenia, y fué á pedir el hábito al provincial de la provincia de S. Miguel (que es la de Extremadura), que como ya lo conocia, se lo dió luego. Esto contó él mismo al último guardian que tuvo, preguntándole de su vida pasada y la manera de su conversion. Y añadió mas, que siendo recién profeso lo envió su guardian cierto camino á acompañar otro fraile, donde halló cumplido lo que aquel pobre le habia dicho, y en el Evangelio se lee, que al pobre evangélico sin llevar talega, ni zurrón, y yendo descalzo, no le faltaria lo necesario. Porque como perdiesen el camino y llegasen ya de noche cerca de un arroyo que de fuerza habian de pasar, y no se atreviesen á pasarlo por correr con mucho ímpetu, estando pensando qué harian en aquella necesidad, vieron buen trecho de sí una candelada ó fuego en una cabañuela de pastores, y determinaron de irse á ella, aunque no vían camino por do guiasen, y con ser esto así, y ir ellos descalzos, no les empecieron infinitas puas de juncos que por allí habia, ni cantidad de mastines que con furia salieron á ellos para los morder y herir. Llegados á la choza, fueron muy bien recibidos de los pastores, que estaban

Luc. 22.

haciendo migas y cociendo leche para su cena, los cuales por su venida doblaron la racion. Y visto esto, el Fr. García dió muchas gracias á Nuestro Señor, por haber visto cumplido lo que el pobre le habia dicho, que á doquiera que llegase hallaria lo necesario, atribuyendo todo lo que se ha dicho al merecimiento de su compañero. Al cabo de algunos años, habiendo sido portero en los conventos de Hornachos y Alcántara, lo enviaron sus prelados con otros religiosos que venian á reformar á los frailes de la isla de Santo Domingo. Y porque no tuvo efecto la reformacion, por causas que para ello ovo, Fr. García, con un sacerdote llamado Fr. Hernando Pobre, se vino á esta provincia del Santo Evangelio, donde residió muchos años en diversos conventos. Y donde mas tiempo estuvo fué en el de Toluca, sirviendo principalmente de portero, á causa de haber siempre en aquella casa estudio. Era Fr. García tan pobre en el uso de las cosas, tan abstinente, humilde, sufrido y mortificado, y tan perfecto en toda virtud, que desde que pasó á estas partes, de todos los que lo conocieron y conversaron, siempre fué tenido por hombre santo, verdadero imitador del padre S. Francisco. Entre todas las virtudes que en él resplandecieron, su caridad se señaló mas, la cual tenia con todos, y particularmente con los pobres y enfermos. En la oracion y contemplacion era continuo sin cesar, que nunca Dios se apartaba de su memoria. Y así decia él cuando alguno le preguntaba qué hacia: «Amar á Dios con continuo pensamiento.» Y esto confirmó pocas horas antes que muriese, diciendo: «Sabe Dios que le he procurado amar desde que lo conozco, con continuo pensamiento.» Á esta causa andaba como transportado y absorto, que no atendia ni respondia á lo que le decian, especialmente en el lugar de su ordinario asiento, que era en el tránsito de la portería. Allí lo vió un religioso augustino, llamado Fr. Luis Ramos (que entonces era huésped en aquel convento de Toluca, y salia á la portería), arrebatado en éxtasi con el rostro encendido como un fuego, y aunque le habló, no le respondió ni sintió salir de casa. Y lo mismo dijo haber visto en veces el organista del convento, llamado Juan de Vargas Becerra. Con los seglares que acudian á la portería á sus negocios, siempre hablaba de Dios, y lo mismo con los frailes dentro de casa, y ninguno le oia hablar palabra ociosa, sino todas de edificacion. Muchas veces le oian cantar, así de dia como de noche, andando arrebatado en Dios, estas palabras: «Señor mio Jesucristo, para siempre seais bendito de mí y de todo espíritu.» Como su sinceridad era extremada, y no menos el respeto y obe-

diencia que tenia á su prelado, instigaban los frailes á su guardian que le preguntase cosas de su vida pasada, por curiosidad de saberlas y alabar á Dios en la santidad de su siervo (porque realmente lo tenían por santo, sin hallar cosa de que le pudiesen tachar), y él respondia simplemente á lo que su prelado le preguntaba, aunque algunas veces con turbacion y temor, si era cosa que le podia acarrear propria alabanza. En especial, preguntándole una vez cerca de su virginidad, si la habia guardado toda su vida, turbóse no sabiendo qué decir, y por no mentir, no respondió otra cosa sino que sabia Dios que le habia sino fiel en su amor. Esta fidelidad mostró Dios haberle sido accepta, obrando cosas maravillosas por medio de este su siervo. Morando en el pueblo de Tehuacan, que es tierra cálida y hay gran copia de hormigas, eran notablemente molestas al santo Fr. García en la oficina del refitorio, porque no dejaban cosa que se pudiese comer, segun la mucha cantidad que cargaba de ellas sobre cada cosa de lo que allí se ponía. No pudiendo sufrir esto el siervo de Dios, mandóles por obediencia con grande sinceridad, que se fuesen y no entrasen más allí, lo cual ellas cumplieron inviolablemente, que aunque llegaban á la puerta de la oficina, ninguna de allí adelante se vió entrar dentro. Esto me contó á mí muchos años antes que Fr. García muriese, su guardian, que á la sazón era en Tehuacan, siendo mi guardian en Tlascala, hombre de toda verdad y muy esencial religioso. Y como este milagro era tan notorio, preguntóle despues su guardian (morando el siervo de Dios en Toluca) cómo habia desterrado las hormigas de la oficina de Tehuacan, á lo cual respondió Fr. García, que viéndose afligidísimo por no poder guardar cosa de comer en aquella oficina, un dia, con esta afliccion, hizo oracion á la gloriosa Santa Ana, pidiéndole fuese intercesora para que se viese libre de aquella plaga. Y luego confiado en Dios se levantó y mandó á las hormigas que se saliesen fuera todas sin quedar alguna, y no entrasen más allí. Y parece que movidas de aquella obediencia se salieron luego todas fuera y nunca más volvieron, aunque llegaban á la puerta y á la ventana. Y que de esto se habia de dar la gloria (despues de Dios) á la gloriosa Santa Ana. Cuando iba á morar á aquel convento de Toluca, le tomó la noche en una visita de Cuyoacan (que ambas son villas del marques del Valle), y la iglesia de aquella visita es de la vocacion de la bienaventurada Santa Lucía. Á la mañana, cuando quiso partir de allí para proseguir su camino, no le fué posible descubrir un indio que lo guiase y le llevase cierto hatillo que traía consigo. Y estando afligido (por-

que se hacia tarde, y temia que habia de llover y no podria hacer jornada), púsose en oracion delante del altar de la santa, y le pidió le socorriese en aquella necesidad. Hecha su oracion, salió á la puerta de la iglesia que mira hácia el camino real, y vió venir por él hácia sí dos indios de gentil disposicion, y llegados junto á él, les preguntó de adónde eran y á dó iban. Ellos le respondieron que eran de Toluca, y para allá iban. Rogóles entonces Fr. García que lo guiasen y le llevasen aquella ropilla, pues pesaba poco y ellos iban descargados, lo cual de muy buena voluntad hicieron. Llegados á Metepec (donde hay monesterio), una legua de Toluca, Fr. García los acarició, habiéndoles preguntado sus nombres y el barrio donde tenían sus casas, y lo uno y lo otro le dijeron. El siervo de Dios les dijo luego que le esperasen y les sacarian algo que comiesen, y entróse dentro dejándolos á la puerta. Volviendo luego prestamente para despedirlos, no los halló. Llegando á Toluca inquirió por sus nombres y barrio que le dijeron, mas tampoco los pudo descubrir. Instando Fr. García sobre esto, y preguntando por ellos muchas veces, le contó á su guardian lo que le habia pasado con ellos. Y añadió que vivia con este dolor de no los haber hallado, para agradecerles y satisfacerles la caridad y buena compañía que le hicieron, dando gracias á Santa Lucía que oyó su oracion. Mas puesto que Fr. García no lo declarase así, todos los que lo supieron, tuvieron por entendido que aquellos fueron ángeles enviados de Dios para aquel ministerio, como el ángel S. Rafael para acompañar al mozo Tobías en su viaje. Porque si fueran indios, aguardaran la comida y se hallaran sus nombres y barrios. Y tambien parece cosa extraordinaria, llegar al tiempo y punto de aquella urgente necesidad. Mandado Fr. García por su guardian que dijese lo que habia visto un dia de difuntos que fué á acompañar á un sacerdote llamado Fr. Juan de Castroverde, dijo todo temblando (porque como era humilde, temia alguna vanagloria ó loor proprio), que habia visto antes que se comenzase la misa de aquel dia, toda la tierra cubierta de una como nieblina, que (segun pareció) eran ánimas de purgatorio. Y que en comenzándose la misa, como suele la nieblina huir con la presencia del sol, así comenzaron las ánimas á irse subiendo hácia el cielo, de que él quedó maravillado, y alabó á Dios en sus grandes misericordias. Un vecino de Toluca, llamado Miguel Gonzalez, dió testimonio que llegando él á la portería de aquel convento, rabiando de dolor de muelas, de que andaba notablemente atormentado, el siervo de Dios

Fr. García le preguntó qué era la causa de su venida y la pena que traía. Y que comunicándole su dolor, el santo varón le puso un dedo sobre todas las muelas, con que se sintió luego sano, y nunca más le volvió el dolor. Doña Ana de Reinoso, mujer de Nicolás de Robles, dijo también, que llegando ella en días de parir, á la portería del dicho convento á pedir confesor, y estando allí sentada y triste, llegó el santo Fr. García, y habiéndole ella rogado que la encomendase á Dios, el santo le respondió que no tuviese pena, que el día siguiente á la hora que él esto le decía, habría parido un hijo, lo cual sucedió así como lo dijo. Al síndico del mismo convento de Toluca, llamado Francisco Rodríguez Magallanes, habiéndosele muerto la primera mujer, le dijo que no casase segunda vez, porque padecería muchos trabajos, y que vería la justicia por su casa y le llevarían á su mujer sin poderlo remediar. Mas él no curando de lo que el siervo de Dios le decía, dos años después le sucedió todo lo susodicho, que la justicia le sacó la mujer de casa, sin saber él la causa porque había pedido divorcio, y esto contó él con lágrimas á un religioso. Habiendo pestilencia, de que morían muchos niños, fué este varón santo con un sacerdote á un obraje de un español, llamado Juan García, y todos los niños que le sacaron para que los bendijese y tocase con sus manos, vivieron, y los demás cuasi todos murieron. Contó esto el dicho Juan García y otros españoles. Algunos días antes que muriese estuvo muy inquieto en la cama, y de cuando en cuando se levantaba con sobresaltos sobre ella, diciendo: «Ea! ea!» como quien riñe con alguno, y dos ó tres días antes que espirase, habiendo estado una noche en extremo inquieto, después de las dos se levantó con gran furia, diciendo las mismas palabras, «ea! ea!» con más prisa que la de antes, y dió en las tablas de la cama un muy gran golpe, y dijo en alta voz: «Caído ha el espíritu,» con lo cual se tornó á acostar, quedando muy sosegado, y lo estuvo hasta que dió el alma á Dios. Fué esto, lucha que el siervo de Dios tuvo con el adversario enemigo nuestro, que le debía de tentar; mas con el ayuda de Dios, el demonio quedó vencido y el santo Fr. García sosegado y victorioso. Al tiempo de su muerte se cumplió lo que él algunos días antes había dicho, que no moriría desacompañado. Y fué así, que como los religiosos del convento (por ser cuaresma) andaban fuera confesando los indios por las visitas, vinieron todos al convento sin ser llamados, en un mismo día. Y queriéndose otra vez partir para volver á su obra, les fué forzoso tornar del camino para hallarse en su muerte, que fué un

día á las tres de la tarde, año de mil y quinientos y noventa y uno. El pueblo todo, sin ser convocado, se juntó á ver muerto al que siempre tuvieron por santo, y lo vieron sin comparación muy más hermoso que cuando vivo, y más tractable y blando su cuerpo que antes, y lo estuvo otro día siguiente después de haber estado toda una noche sobre el suelo frío. Y no solo tractable, mas aun caliente, según lo afirmaron muchos españoles, que sin podersele estorbar los frailes, llegaron con sus manos á sus pechos y espaldas, habiéndole rompido el hábito y llevado sus pedazos por reliquias. Pasados diez meses después de su muerte, estando el guardian del convento ausente, el presidente que en su lugar quedó, teniendo muy gran deseo de ver aquel cuerpo santo por su devoción, hizo abrir la sepultura y hallólo entero, y convocó á todo el convento para que lo viesen y alabasen al Señor. Estaba sin corrupción alguna, los ojos enteros, los cabellos y barba como cuando murió, tan pegados, que con mucha dificultad le pudieron arrancar algunos. La ternilla de la nariz y las orejas sanas y buenas, que tirando de ellas no había manera de dar de sí, y el hábito y capilla no estaban podridos, ni en la sepultura había algún género de mal olor. De cuasi todo lo arriba dicho, que pasó en Toluca en vida y muerte del varón santo Fr. García de Salvatierra, dieron testimonio seis sacerdotes, firmado de sus nombres.

CAPÍTULO LVIII.

De los varones santos Fr. Hernando Pobre y Fr. Diego de Guadalcanal.

FR. Hernando Pobre ó de la Puebla tomó el hábito de religion en el reino de Portugal, en la muy religiosa provincia de la Rábida, donde fué guardian por sus méritos y religion. Y pareciéndole que aunque en la dicha provincia se podía vivir con mucha observancia de la regla (como siempre allí se ha hecho), mas con todo, advirtiéndole en lo que dice S. Gregorio, que no hay sacrificio más acepto á Dios que el celo de las almas, como muy celoso de ellas, se vino á esta provincia del Santo Evangelio, donde vivió como muy santo y perfecto religioso. El santo varón Fr. Alonso de Escalona (cuya vida arriba hemos contado) daba testimonio de él, diciendo que era uno de los más perfectos religiosos que había en la orden de nuestro padre S. Francisco. Y era tan riguroso en su penitencia, que siendo

De Fr. Hernando Pobre.

(como dicho es) guardian en la provincia de la Rábida, no podían sufrir tanto rigor los que con él moraban. Fué varon de profunda humildad, mortificado en la guarda de sus sentidos, dado á los ejercicios espirituales, en especial á la devota oracion y altísima contemplacion, por las cuales virtudes muchas veces se arrobaba, quedando por espacio de tiempo extático y como muerto, sin algun sentido. Andaba tan arrobado y elevado en Dios, que siendo hebdomadario (como nosotros decimos) ó semanero, para comenzar el oficio y cantar la misa conventual, muchas veces se acababa de cantar nona, y no se acordaba de irse á vestir hasta que lo llamaban. Y despues de haber dado muchos golpes á la puerta de su celda, salía como adormecido y fuera de sí. Y vistiéndose en la sacristía, muchas veces se iba al altar con sola el alba, si no le advertian de ello los que presentes se hallaban. Morando este santo varon en el convento de Jalapa, y estando una noche en oracion en el coro, entró allí otro religioso, y vió en él una luz y claridad como si fuera de día, y no sabiendo lo que fuese, se tornó á salir con alguna turbacion y espanto. Otro dia siguiente, el santo Fr. Hernando preguntó á este religioso á qué hora habia ido al coro la noche pasada, y si habia sentido ó visto alguna cosa. Con lo cual aquel religioso entendió ser el siervo de Dios el que estaba en el coro al tiempo que él entró en él, y por quien habia allí tanta luz y claridad. Un hombre vecino del pueblo de Tlalmanalco, vió muchas veces arrobado y fuera de sí por espacio de dos horas á este siervo de Dios, y de intento se iba tras él al coro en acabando de oír su misa. Y afirmaba este hombre, que cuando estaba en el raptó este santo varon, con ser feo de rostro, se le tornaba tan hermoso, que era contento mirarle. Morando en la provincia de Jalisco, en tiempo de unos grandes terremotos que ovo en aquella tierra, se cayó el convento de Amacueca, donde moraba, y cayó sobre él una viga y mucha tierra. Sacáronlo de allí tan molido y quebrantado, que de ahí á tres dias dió el alma al Señor.

Fr. Diego de Guadalcanal.

Aunque ha habido en esta santa provincia otros frailes legos de quien justamente se pudiera hacer memoria, como de muy conocidos siervos de Dios, concluyo este tratado de los claros varones de esta provincia del Santo Evangelio con la vida de Fr. Diego de Guadalcanal, lego, por haber sido en muchas cosas semejante al bienaventurado S. Diego de Alcalá, pues ya tenemos que en el nombre conforman y en el estado de legos, y fueron tambien naturales de una misma comarca y tierra; es á saber, el uno de S. Nicolás, pue-

blos cerca de Constantina, y el otro de Guadalcanal, y en la vida y muerte harto semejantes tambien, como aquí parecerá. Tomó el hábito Fr. Diego de Guadalcanal en el convento de México, y fué de los primeros que en esta provincia profesaron. Y como de su natural era hombre simple y sin malicia, de la que el siglo á sus hijos enseña, y se crió con santos religiosos, perseveró en aquella santa simplicidad por todo el discurso de su vida (que fué poco menos de sesenta años) en el hábito de la religion, sirviendo á aquellos primeros evangelizadores de esta nueva Iglesia con grandísima fidelidad y ejemplo de vida, ayudándolos á destruir ídolos y á plantar la fe del Evangelio con el talento que el Señor le habia comunicado. Fué amigo de los pobres, y tuvo siempre cuidado donde quiera que estaba de darles de comer, y los socorria en sus necesidades. Era devoto y dado á la oracion y recogimiento, y muy observante y amigo de la santa pobreza. Tenia dichos y consejos saludables con que persuadia á la virtud á sus hermanos los frailes y á los seglares que lo trataban, como amigo y celoso de lo bueno y enemigo de lo malo y vicioso, y á veces los ponía por escrito, porque mas se dilatasen las fimbrias de su caridad. Visitólo el Señor (como lo usa hacer con sus escogidos) al cabo de sus dias, siendo de edad de mas de ochenta años, y morando en mi compañía en el convento de Tepeaca, con una enfermedad de las graves y recias que un cuerpo humano puede pasar, siendo (como fué) de sola una mano, como la que le dió y acabó al bienaventurado S. Diego, de apostema ó nacido en un brazo. Mas la enfermedad de este siervo de Dios Fr. Diego, fué cosa nunca vista ni conocida en cuerpo humano, como lo afirmaron el médico y zurujano que lo curaron en la ciudad de los Ángles, hombres muy expertos en sus oficios, y así no le supieron dar nombre. Era una carnosidad que se le crió en el envés de la mano, á la manera de clavo, que lo trajo atormentado por espacio de dos años, en que se le dieron muchos cauterios de fuego y se le hicieron otras curas penosísimas, que aunque parecia quedaba sano, volvía luego á criar aquel clavo, hasta que le horadó y abrió la mano de una parte á otra, y finalmente le llevó á la sepultura, porque fué necesario irle cortando los dedos de la mano uno á uno, y al cabo toda ella. Fué tanta la paciencia del siervo de Dios en este su trabajo, que el médico y zurujano estaban admirados, y no lo podían curar sin lágrimas, llamándolo otro S. Francisco, porque nunca le oyeron quejar ni decir otra palabra en los cauterios y tormentos, sino «Jesus María.» No menos quedó

edificado de su paciencia el enfermero, el cual dió testimonio que por todo el discurso de esta su enfermedad, le sintió que traia grandísimas batallas con el demonio, porque pasando de noche por delante de su celda descuidado, al servicio y necesidades de los otros enfermos, le oia hablar como si platicara con otra persona. Y parándose á escuchar á la puerta, entendia que confutaba al demonio las cosas que le ponía delante, haciendo cuenta de su vida y en lo que habia ofendido á Dios, y alegando que de aquello ya habia hecho penitencia, y que Dios era misericordioso. Y á otras cosas respondia, que aquello lo habia hecho por la obediencia, y no tenia para qué darle á él razon de ello. Otras veces parecia que lo tentaba en las cosas de la fe, y esta tentacion dice un padre sacerdote que habia mucho tiempo que la padecia, porque morando los dos juntos en un convento, le vido andar inquieto sobre esto, y ir muchas veces al coro de noche, donde protestaba delante del Santísimo Sacramento que creia todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia. Esto protestó mas de veras al tiempo de su muerte, recibiendo todos los sacramentos con grandísima devocion, como la tuvo en vida, no dejando de oir todas las misas que se celebraban en la iglesia de S. Francisco de la ciudad de los Ángeles todo el tiempo de su enfermedad, hasta que murió bienaventuradamente en el Señor, y está sepultado su cuerpo en el mesmo convento.



LIBRO QUINTO

de la

Historia Eclesiástica Indiana

— 8 —

SEGUNDA PARTE

que trata

*De los Frailes Menores que han sido muertos por la predicacion del Santo Evangelio
en esta Nueva España.*

